

vo á mi casa y recibo por mio; y porque no se queje de mí, que le he sacado de la iglesia adonde él se tenia por seguro, envíole á vuesamerced para que le ampare como cosa suya, pues yo lo soy; que con tal trueque bien sé que perderá la queja y se tendrá por dichoso.

Son tres partes las deste libro. En la una van las cosas que yo compuse mias. En las dos postreras las que traduje de otras lenguas, de autores así profanos como sagrados. Lo profano va en la segunda parte, y lo sagrado, que son algunos salmos y capítulos de Job, van en la tercera. De lo que yo compuse, juzgará cada uno á su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías élegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjerías y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo pretendido hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo mas; al cual yo me incliné solo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se la encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar. Mas esto, caiga como cayere, que yo no curo mucho dello; solo deseo agrandar á vuesamerced, á quien siempre pretendo servir; y el que no me conociere por mi nombre, conózcame por esto, que es solamente de lo que me precio y lo que, si en mí hay cosa buena, tiene algun lugar.

## LIBRO PRIMERO.

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sábios que en el mundo han sido!  
Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira, fabricado  
Del sabio moro, en jaspes sustentado.  
No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera,  
Ni cura si encarama  
La lengua lisonjera  
Lo que condena la verdad sincera.  
¡Qué presta á mi contento,  
Si soy del vano dedo señalado,  
Si en busca de este viento  
Ando desalentado  
Con ansias vivas, con mortal cuidado?  
¡Oh monte, oh fuente, oh río,  
Oh secreto seguro, deleitoso!  
Roto casi el navio,  
A vuestro almo reposo  
Huyo de aqúeste mar tempestuoso.  
Un no rompido sueño,  
Un día puro, alegre, libre quiero;  
No quiero ver el ceño  
Vanamente severo  
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.  
Despiérteme las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido,  
No los cuidados graves  
De que es siempre seguido  
El que al ajeno arbitrio está atenido.  
Vivir quiero conmigo,  
Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
A solas, sin testigo,  
Libre de amor, de celo,  
De odio, de esperanzas, de recelo.  
Del monte en la ladera  
Por mi mano plantado tengo un huerto,  
Que con la primavera,  
De bella flor cubierto,  
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.  
Y como codiciosa,  
Por ver y acrecentar su hermosura,  
Desde la cumbre airosa  
Una fontana pura  
Hasta llegar corriendo se apresura;  
Y luego sosegada,  
El paso entre los árboles torciendo,  
El suelo de pasada  
De verdura vistiendo,  
Y con diversas flores va esparciendo.  
El aire el huerto orea,  
Y ofrece mil olores al sentido,  
Los árboles menean  
Con un manso ruido,  
Que del oro y del cetro pone olvido.  
Ténganse su tesoro  
Los que de un falso leño se confían;  
No es mio ver el lloro  
De los que desconfían  
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.  
La combatida antena  
Cruje, y en ciega noche el claro día  
Se torna, al cielo suena  
Confusa vocería,  
Y la mar enriquecen á porfía.

A mi una pobrecilla  
Mesa, de amable paz bien abastada,  
Me basta, y la vajilla  
De fino oro labrada  
Sea de quien la mar no teme airada.  
Y mientras miserable-  
Mente se están los otros abrasando  
Con sed insaciable  
Del peligroso mando,  
Tendido yo á la sombra esté cantando;  
A la sombra tendido,  
De hiedra y lauro eterno coronado,  
Puesto el atento oído  
Al son dulce, acordado,  
Del plectro sábiamente meneado.

### A DON PEDRO PORTOCARRERO.

Virtud, hija del cielo,  
La mas ilustre empresa de la vida  
En el oscuro suelo,  
Luz tarde conocida,  
Senda que guia al bien, poco seguida:  
Tú dende la hoguera  
Al cielo levantaste al fuerte Alcides,  
Tú en la mas alta esfera  
Con las estrellas mides  
Al Cid, clara victoria de mil lides;  
Por tí el paso desvia  
De la profunda noche, y resplandece  
Muy mas (cual claro día)  
De Leda el parto, y crece  
El Córdoba á las nubes, y florece;  
Y por su senda agora  
Traspasa luengo espacio con ligero  
Pié y ala voladora  
El gran Portocarrero,  
Osado de ocupar el bien primero.  
Del vulgo se descuesta,  
Hollando sobre el oro firme, aspira  
A lo alto de la cuesta;  
Ni violencia de ira  
Ni blando y dulce engaño le retira.  
Ni mueve mas ligera,  
Ni mas igual divide por derecha  
El aire y fiel carrera,  
O la traciána flecha  
O la bola tudésca, un fuego hecha.  
En pueblo inculto y duro  
Induce poderoso igual costumbre,  
Y do se muestra escuro  
El cielo enciende lumbre,  
Valiente á ilustrar mas alta cumbre.  
Dichosos los que bañan  
El Miño, los que el mar monstruoso cierra  
Dende la fiel montaña  
Hasta el fin de la tierra,  
Los que desprecia de Ume la alta sierra.

### A FRANCISCO DE SALINAS.

El aire se serena  
Y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
La música extremada  
Por vuestra sábia mano gobernada;  
A cuyo son divino  
El alma, que en olvido está sumida,



Torna á cobrar el tino  
Y memoria perdida  
De su origen primera esclarecida.  
Y como se conoce,  
En suerte y pensamiento se mejora;  
El oro desconoce  
Que el vulgo vil adora,  
La belleza caduca engañadora.  
Traspasa el aire todo  
Hasta llegar á la mas alta esfera,  
Y oye allí otro modo  
De no perecedera  
Música, que es la fuente y la primera.  
Y como está compuesta  
De números concordés, luego envía  
Consonante respuesta,  
Y entre ambos á porfia  
Se mezcla una dulcísima armonía.  
Aquí la alma navega  
Por un mar de dulzura, y finalmente  
En élan se anega,  
Que ningún accidente  
Extraño y peregrino oye y siente.  
¡Oh desmayo dichoso!  
Oh muerte que das vida! oh dulce olvido,  
Durase en tu reposo,  
Sin ser restituido.  
Jamás aqueste bajo y vil sentido.  
—A este bien os llamo,  
Gloria del apolíneo sacro coro,  
Amigo á quien amo  
Sobre todo tesoro;  
Que todo lo visible es triste lloro.  
¡Oh! suene de continuo,  
Salinas, vuestro son en mis oídos,  
Por quien al bien divino  
Despiertan los sentidos,  
Quedando á lo demás adormecidos.

Inspira nuevo canto  
Calíope en mi pecho aqueste día,  
Que de los Borjas canto  
Y Enriquez la alegría  
Del rico don que el cielo les envía.  
Hermoso sol luciente,  
Que el día das y llevas, rodeado  
De luz resplandeciente  
Mas de lo acostumbrado,  
Sal, y verás nacido tu traslado;  
O si te place agora  
En la region contraria hacer manida,  
Detente allá en buen hora,  
Que con la luz nacida  
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.  
Alma divina, en velo  
De femeniles miembros encerrada,  
Cuando veniste al suelo  
Robaste de pasada  
La celestial riquísima morada.  
¿Dieronté bien sin cuento  
Con voluntad concorde y amorosa,  
Quien rige el movimiento  
Sexto, con la diosa  
De la tercera rueda poderosa.  
De tu belleza rara  
El envidioso viejo mal pagado,  
Torció el paso y la cara,  
Y el fiero Marte airado  
El camino dejó desocupado.  
Y el rojo y crespo Apolo,  
Que tus pasos guiando, descendía  
Contigo al bajo polo,  
La citara hería,  
Y con divino canto así decía:  
«Deciende en punto bueno,  
Espíritu real, al cuerpo hermoso,  
Que en el ilustre seno  
Te espera deseoso,  
Por dar á tu valor digno reposo.

»El te dará la gloria  
Que en el terreno cerco es mas tenida:  
De agüelos larga historia,  
Por quien la no hundida  
Nave, por quien la España fué regida.  
»Tú dale, en cambio desto,  
De los eternos bienes la nobleza,  
Deseo alto, honesto,  
Generosa grandeza,  
Claro saber, fe llena de pureza.  
»En tu rostro se vean  
De su beldad sin par vivas señales,  
Los tus dos ojos sean  
Dos luces inmortales  
Que quien al sumo bien á los mortales.  
»El cuerpo delicado,  
Como cristal lucido y transparente,  
Tu gracia y bien sagrado,  
Tu luz, tu continente  
A sus dichosos siglos represente.  
»La soberana agüela,  
Dechado de virtud y hermosura,  
La tia de quien vuela  
La fama, en quien la dura  
Muerte mostró lo poco que el bien dura;  
»Con todas cuantas precio  
De gracia y de belleza hayan tenido,  
Serán por ti en desprecio  
Y puestas en olvido,  
Cual hace la verdad con lo fingido.  
»¡Ay tristes! ay dichosos  
Los ojos que te vieren! Huyan luego,  
Si fueren poderosos,  
Antes que prenda el fuego  
Contra quien no valdrá ni oro ni ruego.  
»Ilustre y tierna planta,  
Dulce gozo de tronco generoso,  
Creciendo te levanta  
A estado el mas dichoso  
De cuantos dió ya el cielo venturoso.»

## A FELIPE RUIZ, DE LA AVARICIA.

En vano el mar fatiga  
La vela portuguesa, que ni el seno  
De Persia ni la amiga  
Maluca da árbol bueno,  
Que pueda hacer un ánimo sereno.  
No da reposo al pecho,  
Felipe, ni la India, ni la rara  
Esmeralda provecho,  
Que mas tuere la cara  
Cuanto posee mas el alma avara.  
Al capitán romano  
La vida, y no la sed, quitó el bebido  
Tesoro persiano,  
Y Tántalo metido  
En medio de las aguas afligido.  
De esta sed, y mas dura,  
La suerte es del mezquino que sin tasa  
Se cansa así, y endura  
El oro y la mar pasa  
Osado, y no osa abrir la mano escasa.  
¿Qué vale el no tocado  
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,  
Si estrecha el nudo dado,  
Si mas enturbia el ceño,  
Y deja en la riqueza pobre al dueño?

## OTRA.

Elisa, ya el preciado  
Cabello que del oro escarnio hacia,  
La nieve ha variado.  
¡Ay! ¿Yo no te decía:  
«Recoge Elisa el pie, que vuela el día?»  
Ya los que prometían  
Durar en tu servicio eternamente,  
Ingratos se desvian,

## PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo  
Con la hermosa Cava en la ribera  
Del Tajo, sin testigo;  
El río sacó fuera  
El pecho, y le habló desta manera:  
«En mal punto te goces,  
Injusto forzador; que ya el sonido  
Oyo ya, y las voces,  
Las armas y el bramido  
De Marte, y de furor y ardor ceñido.  
»¡Ay! esa tu alegría  
Que llantos acarrea, y esa hermosa  
(Que vio el sol en mal día),  
A España ¡ay! cuán llorosa,  
Y al cetro de los godos cuán costosa.  
»Llamas, dolores, guerras,  
Muertes, asolamiento, fieros males  
Entre tus brazos cierras,  
Trabajos inmortales,  
A ti y á tus vasallos naturales;  
»A los que en Constantina  
Rompen el fértil suelo, á los que baña  
El Ebro, á la vecina  
Salsuena, á Lusitania,  
A toda la espaciosa y triste España.  
»Ya dende Cadiz llama  
El injuriado conde, á la venganza,  
Atento, y no á la fama,  
La bárbara pujanza,  
En quien para tu daño no hay tardanza.  
»Oye que al cielo toca  
Con temeroso son la trompa fiera;  
Que en Africa convoca  
El moro á la bandera,  
Que al aire desplegada va ligera.  
»La lanza ya blande  
El árabe cruel, y hiere el viento  
Llamando á la pelea;  
Innumerable cuento  
De escuadras juntas veo en un momento.  
»Cubre la gente el suelo,  
Debajo de las velas desparece  
La mar, la voz al cielo  
Confusa y varia crece,  
El polvo roba el día y le escurece.  
»¡Ay, que ya presurosos  
Suben las largas naves! ay, que tienden  
Los brazos vigorosos  
A los remos, y encienden  
Las mares espumosas por do hienden!  
»El Eolo derecho  
Hinche la vela en popa, y larga entrada  
Por el hercúleo estrecho  
Con la punta acerada  
El gran padre Neptuno da á la armada.  
»¡Ay triste! ¿y aun te tiene  
El mal dulce regazo, ni llamado  
Al mal que sobreviene  
No acorres? ¿Ocupado  
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?  
»Acude, corre, vuela,  
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,  
No perdones la espuela,  
No des paz á la mano,  
Menea fulminando el hierro insano.  
»¡Ay cuánto de fatiga!  
Ay cuánto de sudor está presente  
Al que viste loriga,  
Al infante valiente,  
A hombres y á caballos juntamente!  
»Y tú, Bétis divino,  
De sangre ajena y tuya amancillado,  
¡Darás al mar vecino  
Cuanto yelmo quebrado,  
Cuanto cuerpo de nobles destrozado!  
»El furibundo Marte  
Cinco luces las haces desordena,  
Igual á cada parte;  
La sexta ¡ay! te condena,  
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

Por no mirar la frente  
Con rugas, y afeado el negro diente.  
¿Qué tienes del pasado  
Tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto  
Que tu labor te ha dado,  
Sino es tristeza y luto,  
Y el alma hecha sierva á vicio bruto?  
¿Qué fe te guarda el vano  
Por quien tú no guardaste la debida  
A tu bien soberano;  
Por quien mal proveída,  
Perdiste de tu seno la querida  
Prenda; por quien velaste;  
Por quien ardiste en celo; por quien uno  
El cielo fatigaste  
Con gemido importuno;  
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno  
De ti mesma? Y agora,  
Rico de tus desposos, mas ligero  
Que el ave huye, y adora  
A Lida el hisonjero;  
Tú quedas entregada al dolor fiero.  
»Oh cuánto mejor fuera  
El don de hermosura que del cielo  
Te vino, á cuyo era  
Habello dado en velo  
Santo, guardado bien del polvo y suelo!  
Mas hora no hay tardía,  
Tanto nos es el cielo piadoso,  
Mientras que dura el día;  
El pecho hervoroso  
En breve del dolor saca reposo.  
Que la gentil señora  
De Magdalo, bien que perdidamente  
Dañada, en breve hora  
Con el amor ferviente  
Las llamas apagó del fuego ardiente;  
Las llamas del malvado  
Amor con otro amor mas encendido,  
Y consiguió el estado  
Que no fué concedido  
Al huésped arrogante en bien fingido.  
De amor guiada y pena,  
Penetra el techo extraño, y atrevida,  
Ofrécese á la ajena  
Presencia, y sábia olvida  
El ojo mofador, buscó la vida.  
Y toda derrocada  
A los divinos pies que la traían,  
Lo que la en sí liada  
Gente olvidado habían,  
Sus manos, boca y ojos lo hacían.  
Lavaba, larga en lloro,  
Al que su torpe mal lavando estaba;  
Limpiaba con el oro  
Que la cabeza ornaba  
A su limpieza, y paz á su paz daba.  
Decía: «Solo amparo  
De la miseria, extrema medicina  
De mi salud, reparo  
De tanto mal, inclina  
A aqueste cieno tu piedad divina.  
»¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte  
Quien todo lo perdió? aquestas manos,  
Osadas de ofenderte,  
Aquestos ojos vanos  
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.  
»La que sudó en tu ofensa  
Trabaje en tu servicio, y de mis males  
Proceda mi defensa;  
Mis ojos dos mortales  
Fraguas, dos fuentes sean manantiales.  
»Bañen tus pies mis ojos,  
Limpienlos mis cabellos, dé tormento  
Mi boca, y red de enojos  
Les dé besos sin cuento,  
Y lo que me condena te presento.  
»Presentote un sugeto  
Tan mortalmente herido, cual conviene  
Do un médico perfeto  
De cuanto saber tiene  
Dé muestra, que por siglos mil resuene.»



## NOCHE SERENA, A DON OLOARTE.

Quando contemplo el cielo,  
De innumerables luces adornado,  
Y miro bacia el suelo,  
De noche rodeado,  
En sueño y en olvido sepultado,  
El amor y la pena  
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,  
Despide larga vena,  
Los ojos hechos fuente,  
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:  
«Morada de grandeza,  
Templo de claridad y hermosura,  
El alma que á tu alteza  
Nació ¿qué desventura  
La tiene en esta cárcel baja, oscura?  
¿Qué mortal desatino  
De la verdad aleja así el sentido,  
Que, de tu bien divino  
Olvidado, perdido,  
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»  
El hombre está entregado  
Al sueño, de su suerte no cuidando,  
Y con paso callado  
El cielo vueltas dando,  
Las horas del vivir le ya hurtando.  
¡Oh! despertad, mortales,  
Mirad con atención en vuestro daño;  
Las almas inmortales,  
Hechas á bien tamaño,  
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?  
¡Ay! levantad los ojos  
A aquesta celestial eterna esfera,  
Burlaréis los antojos  
De aquesta lisonjera  
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.  
¿Es mas que un breve punto  
El bajo y torpe suelo, comparado  
Con ese gran trasunto,  
Do vive mejorado  
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?  
Quien mira el gran concierto  
De aquestos resplandores eternos,  
Su movimiento cierto,  
Sus pasos desiguales,  
Y en proporcion concorde tan iguales;  
La luna cómo mueve  
La plateada rueda, y va en pos de ella  
La luz do el saber llueve,  
Y la graciosa estrella  
De amor la sigue, reluciente y bella;  
Y cómo otro camino  
Prosigue el sanguinoso Marte airado,  
Y el Jupiter benigno,  
De bienes mil cercado,  
Serena el cielo con su rayo amado.  
Rodéase en la cumbre  
Saturno, padre de los siglos de oro;  
Tras él la muchedumbre  
Del reluciente coro  
Su luz va repartiendo y su tesoro.  
¿Quién es el que esto mira,  
Y precia la bajeza de la tierra,  
Y no gime y suspira,  
Y rompe lo que encierra  
El alma, y destos bienes la destierra?  
Aquí vive el contento,  
Aquí reina la paz, aquí asentado  
En rico y alto asiento  
Está el amor sagrado,  
De glorias y deleites rodeado.  
Inmensa hermosura  
Aquí se muestra toda, y resplandece  
Clarísima luz pura,  
Que jamás anochece;  
Eterna primavera aquí florece.  
¡Oh campos verdaderos!  
Oh prados con verdad frescos y amenos,  
Riquisimos mineros!  
Oh deleitosos senos,  
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

## LAS SERENAS A CHERINTO.

No te engañe el dorado  
Vaso, ni de la puesta al bebedero  
Sabrosa miel cebado,  
Dentro al pecho ligero,  
Cherinto, no traspases el postrero.  
Asensio, ten dudosa  
La mano liberal; que esa azucena,  
Esa púrpura rosa,  
Que el sentido enajena,  
Tocada, pasa al alma y la envenena.  
Retira el pié, que asconde  
Sierpe mortal el prado, aunque florido  
Los ojos roba; adonde  
Aplazase mas, metido  
El peligroso lazo está y tendido.  
Pasó tu primavera,  
Ya la madura edad te pide el fruto  
De gloria verdadera.  
¡Ay! pon del cieno bruto  
Los pasos en lugar firme y enjuto,  
Antes que la engañosa  
Circe, del corazon apoderada,  
Con copa ponzoñosa  
El alma trasformada,  
Te junte, nueva fiera, á su manada.  
No es dado al que allí asienta,  
Si ya el cielo dichoso no le mira,  
Huir la torpe afrenta:  
O arde oso en ira,  
O hecho jabali, gime y suspira.  
No fies en viveza,  
Atiende al sábio rey Solimitano;  
No vale fortaleza,  
Que al vencedor Gazano  
Condujo á triste fin femenil mano.  
Junta al alto griego,  
Que sábio no aplicó la noble antena  
Al enemigo ruego  
De la blanda Sirena,  
Por do por siglos mil su fama suena.  
Decía comoviendo  
El aire en dulce son: «La vela inclina,  
Que del viento huyendo,  
Por los aires camina  
Ulises, de los griegos luz divina.  
¡Allega y da reposo  
Al inmortal cuidado, y entre tanto  
Conocerás curioso  
Mil historias que canto,  
Que todo navegante hace otro tanto;  
¡Que todo lo sabemos;  
Cuanto contiene el suelo, y la reñida  
Guerra te cantarémos  
De Troya y su caída,  
Por Grecia y por los dioses destruida.»  
Así falsa cantaba,  
Ardiendo en crueldad; mas el prudente  
A la voz atajaba  
El camino en su gente  
Con la aplicada cera suavemente.  
Si á tí se presentare,  
Los ojos, sábio, cierra, firme atapa  
La oreja si llamare;  
Si prendiere la capa,  
Huye, que solo aquel que huye escapa.

## A FELIPE RUIZ.

¿Cuándo será que pueda  
Libre desta prisión volar al cielo,  
Felipe, y en la rueda  
Que huye mas del suelo  
Contemplar la verdad pura sin duelo?  
Allí, á mi vida junto,  
En luz resplandeciente convertido,  
Veré distinto y junto  
Lo que es y lo que ha sido,  
Y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo  
La soberana mano echó el cimiento  
Tan á nivel y plomo,  
Do estable y firme asiento  
Posee el pesadísimo elemento;  
Veré las inmortales  
Columnas do la tierra está fundada,  
Las lindes y señales  
Con que á la mar hinchada  
La Providencia tiene aprisionada;  
Por qué tiembla la tierra,  
Por qué las hondas mares se embravecen,  
Dó sale á mover guerra  
El cierzo, y por qué crecen  
Las aguas del Océano y descrecen;  
De dó manan las fuentes,  
Quién ceba y quién bastece de los rios  
Las perpétuas corrientes,  
De los helados frios  
Veré las causas y de los estios;  
Las soberanas aguas,  
Del aire en la región quién las sostiene,  
De los rayos las fraguas;  
Dó los tesoros tiene  
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.  
¿No ves cuando acontece  
Turbarse el aire todo en el verano,  
El día se ennegrece,  
Sopla el Gallego insano,  
Y sube hasta el cielo el polvo vano;  
Y entre las nubes mueve  
Su carro Dios, ligero y reluciente?  
Horrible son conmueve,  
Relumbra fuego ardiente,  
Treme la tierra, humillase la gente;  
La lluvia baña el techo,  
Invian largos rios los collados,  
Su trabajo deshecho,  
Los campos anegados  
Miran los labradores, espantados.  
Y de allí levantado,  
Veré los movimientos celestiales,  
Ansí el arrebatado  
Como los naturales,  
Las causas de los hados, las señales.  
Quién rige las estrellas  
Veré, y quién las enciende con hermosas  
Y eficaces centellas;  
Por qué están las dos osas  
De bañarse en la mar siempre medrosas.  
Veré este fuego eterno,  
Fuente de vida y luz, dó se mantiene,  
Y por qué en el invierno  
Tan presuroso viene;  
Quién en las noches largas le detiene.  
Veré sin movimiento  
En la mas alta esfera las moradas  
Del gozo y del contento,  
De oro y luz labradas,  
De espíritus dichosos habitadas.

## AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL.

Recoge ya en el seno  
El campo su hermosura, el cielo acoja  
Con luz triste el ameno  
Verdor, y hoja á hoja  
Las cimas de los árboles despoja.  
Ya Febo inclina el paso  
Al resplandor egeo, ya del día  
Las horas corta escaso,  
Ya Eolo, al mediodía  
Soplando, espesas nubes nos envía.  
Ya el ave vengadora  
Del Ilico navega los nublados,  
Y con voz ronca llora,  
Y el yugo al cuello atados  
Los bueyes van rompiendo los sembrados.  
El tiempo nos convida  
A los estudios nobles, y la fama,  
Grial, á la subida

Del sacro monte llama,  
Do no podrá subir la postrer llama.  
Alarga el bien guiado  
Paso y la cuesta vence, y solo gana  
La cumbre del collado,  
Y do mas pura mana  
La fuente, satisfaz tu ardiente gana.  
No cures si al perdido  
Error admira el oro, y va sediento  
En pos de un bien fingido;  
Que no así vuela el viento  
Cuanto es fugaz y vano aquel contento.  
Escribe lo que Febo  
Te dicta favorable, que lo antiguo  
Iguala, y pasa el nuevo  
Estilo; y, caro amigo,  
No esperes que podré atener contigo.  
Que yo, de un torbellino  
Traidor acometido, y derrocado  
Del medio del camino  
Al hondo, el plectro amado  
Y del vuelo las alas he quebrado.

## A FELIPE RUIZ.

¿Qué vale cuanto vee  
Dó nace y dó se pone el sol luciente,  
Lo que el indio posee,  
Lo que da el claro Oriente,  
Con todo lo que afana la vil gente?  
El uno mientras cura  
Dejar rico descanso á su heredero,  
Vive en pobreza dura,  
Y perdona al dinero,  
Y contra sí se muestra crudo y fiero.  
El otro que sediento  
Anhela el señorío, sirve ciego;  
Por subir su asiento  
Abájase á vil ruego,  
Y de la libertad va haciendo entregro.  
Quien de dos claros ojos  
Y de un cabello de oro se enamora,  
Compra con mil enojos  
Una menguada hora,  
Un gozo breve, que sin fin se llora.  
Dichoso el que se mide,  
Felipe, y de la vida el gozo bueno  
A sí solo lo pide,  
Y mira como ajeno  
Aquello que no está dentro en su seno.  
Si resplandece el día,  
Si Eolo su reino turba en saña,  
El rostro no varía,  
Y si la alta montaña  
Encima le viniere, no le daña.  
Bien como la nudosa  
Carrasca en alto risco desmochada  
Con hacha poderosa,  
Del ser despedazada  
Del hierro torna rica y esforzada.  
Querrás hundille, y crece  
Mayor que de primero, y si porfia  
La lucha, mas florece,  
Y firme al suelo invia  
Al que por vencedor ya se tenía.  
Exento á todo cuanto  
Presume la fortuna, sosegado  
Está y libre de espanto  
Ante el tirano airado,  
De yerro, de cruera y fuego armado.  
«El fuego, dice, enciende,  
Agua el hierro crudo, rompe y llega,  
Y si me hallares, prende,  
Y da á tu hambre ciega  
Su cebo deseado y la sosiega.  
¿Qué estás? ¿No ves el pecho  
Desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe  
En puño tan estrecho  
El corazon que sabe  
Cerrar cielos y tierra con su llave,



» Abonda mas adentro,  
Desvuelve las entrañas, el insano  
Puñal penetra al centro;  
Mas es trabajo vano,  
Jamás me alcanzará tu corta mano.  
» Rompiste mi cadena  
Ardiendo por prenderme; al gran consuelo  
Subido he por tu pena;  
Ya suelto, encumbro el vuelo,  
Traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

## DE LA VIDA DEL CIELO.

Alma region luciente,  
Prado de bienandanza, que ni el hielo  
Ni con el rayo ardiente  
Fallece, fértil suelo,  
Productor eterno de consuelo;  
De púrpura y de nieve,  
Florida la cabeza, coronado,  
A dulces pastos mueve  
Sin honda ni cayado  
El buen pastor en tí su hato amado.  
El va, y en pos, dichosas,  
Le siguen sus ovejas, do las pace  
Con inmortal rosas,  
Con flor que siempre nace,  
Y cuanto mas se goza, mas renace.  
Y dentro á la montaña  
Del alto bien las guía, ya en la vena  
Del gozo fiel las baña,  
Y les da mesa llena,  
Pastor y pasto él solo y suerte buena.  
Y de su esfera cuando  
A eumbre toca altísimo subido  
El sol, el sesteando,  
De su ato ceñido,  
Con dulce son deleita el santo oído.  
Toca el rabel sonoro,  
Y el inmortal dulzor al alma pasa,  
Con que envilece el oro,  
Y ardiendo se trapasa,  
Y lanza en aquel bien libre de tasa.  
» Oh son! Oh voz! Siquiera  
Pequeña parte alguna descendiese  
En mi sentido, y fuera  
De sí el alma pusiese,  
Y toda en tí, oh amor, la convirtiese.  
Conocería dónde  
Sestear, dulce Esposo, y desatada  
Esta prision adonde  
Padece, á tu manada  
Viviré junta, sin vagar errada.

## AL APARTAMIENTO.

» Oh ya seguro puerto,  
De mi tan luengo error! Oh deseado  
Para reparo cierto  
Del grave mal pasado!  
» Reposo dulce, alegre, reposado!  
Techo pajizo, adonde  
Jamás hizo morada el enemigo  
Cuidado, ni se esconde  
Invidia en rostro amigo,  
Ni voz perjura ni mortal testigo;  
Sierra que vas al cielo,  
Altísima, y que gozas del sosiego  
Que no conoce el suelo,  
Adonde el vulgo ciego  
Ama el morir ardiendo en vivo fuego,  
Recíbeme en tu cumbre,  
Recíbeme; que huyo perseguido  
La errada muchedumbre,  
El trabajar perdido,  
La falsa paz, el mal no merecido.  
Y do está mas sereno  
El aire me coloca, mientras curo  
Los daños del veneno

Que bebí mal seguro,  
Mientras el mancillado pecho apuro;  
Mientras que poco á poco  
Borro de la memoria cuanto impreso  
Dejó allí vivir loco  
Por todo su proceso  
Vario, entre gozo vano y caso avieso.  
En tí, casi desnudo  
Deste corporal velo, y de la asida  
Costumbre roto el nudo,  
Traspasaré la vida  
En gozo, en paz, en luz no corrompida.  
De tí, en el mar sujeto,  
Con lástima los ojos inclinando,  
Contemplaré el aprieto  
Del miserable bando  
Que las saladas ondas va cortando.  
El uno, que surgia  
Alegre ya en el puerto, salteado  
De bravo soplo, guía,  
En alta mar lanzado,  
Apenas el navio desarmado;  
El otro en la encubierta  
Peña rompe la nave, que al momento  
El hondo pide abierta;  
El otro calma el viento,  
Otro en las bajas Sirtes hace asiento.  
A otros roba el claro  
Día y el corazón el aguacero,  
Ofrecen al avaro  
Neptuno su dinero;  
Otro nadando huye el morir fiero.  
Esfuerza ó pon el pecho;  
Mas ¿cómo será parte un afligido  
Que va, el leño deshecho,  
De flaca tabla asido,  
Contra un abismo inmenso embravecido?  
» Ay, otra vez y ciento  
Otras, seguro puerto deseado!  
No me falte tu asiento,  
Y falte cuanto amado,  
Cuanto del ciego error es cudiciado.

## A LA VIDA RELIGIOSA \* (1).

Mil varios pensamientos  
Mi alma en un instante revolvia,  
Cercada de tormentos,  
De pena y agonía,  
Buscando algún descanso y alegría;  
Mas, como no hallaba  
Contento en esta vida ni reposo,  
Desalada buscaba  
Con paso presuroso  
A su querido amor y dulce esposo.  
Y andándole buscando,  
Causada, se sentó junto á una fuente  
Que la iba destilando  
Un riego mansamente,  
Regando el verde prado su corriente.  
Las parleruelas aves  
Una acordada música hacían  
De voces tan suaves,  
Que al alma enternecían,  
Y en amor de su esposo la encendían;  
Y con gentil donaire  
Plegando y desplegando sus alillas,  
Jugaban por el aire  
Las simples avecillas,  
Divididas en órden por cuadrillas;  
Y en forma de torneo  
Las unas con las otras se encontraban,  
Con ligero meneo  
Despues revoleaban,  
Y entre la verde yerba gorjeaban.  
Gozando de esta fiesta  
Mi alma, entre mil flores recostada,  
Durmí un poco la siesta,

(1) Las poesías que, como esta, van señaladas con un asterisco, han sido publicadas por primera vez en esta colección.

Mas tocando la mano  
El agua cristalina de la fuente,  
Salió su intento vano,  
Pues luego de repente  
La voz se fué y el sueño juntamente.

## A DON PEDRO PORTOCARRERO.

No siempre es poderosa,  
Portocarrero, la maldad, ni atina  
La envidia ponzoñosa,  
Y la fuerza sin ley, que mas se empina,  
Al fin la frente inclina;  
Que quien se opone al cielo,  
Cuando mas alto sube, viene al suelo.  
Testigo es manifiesto  
El parto de la tierra mal osado,  
Que cuando tuvo puesto  
Un monte encima de otro y levantado,  
Al hondo derrocado,  
Sin esperanza gime,  
Debajo su edificio, que le oprime.  
Si ya la niebla fria  
Al rayo que amanece odiosa ofende,  
Y contra el claro día  
Las alas escurisimas extiende,  
No alcanza lo que emprende  
Al fin, y desaparece,  
Y el sol puro en el cielo resplandece.  
No pudo ser vencida,  
Ni lo será jamás, ni la llaneza,  
Ni la inocente vida,  
Ni la fe sin error, ni la pureza,  
Por mas que la fiereza  
Del tigre cina un lado,  
Y el otro el basilisco emponzoñado.  
Por mas que se conjuren  
El odio y el poder y el falso engaño,  
Y ciegos de ira, apuren  
Lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,  
Jamás le harán daño;  
Antes, cuál fino oro,  
Recobra del crisol nuevo tesoro.  
El ánimo constante,  
Armado de verdad, mil aceradas,  
Mil puntas de diamante  
Embota y enflaquece, y desplegadas  
Las fuerzas encerradas,  
Sobre el opuesto bando  
Con poderoso pié se ensalza hollando;  
Y con cien voces suena  
La fama, que á la sierpe, al tigre fiero  
Vencidos, los condena,  
A daño no jamás perecedero,  
Y con vuelo ligero  
Venciendo la vitoria,  
Corona al vencedor de gozo y gloria.

## CONTRA UN JUEZ AVARO.

Aunque en ricos montones  
Levantes el cautivo inútil oro,  
Y aunque tus posesiones  
Mejores con ajeno daño y lloro,  
Y aunque cruel tirano  
Oprimas la verdad, y tu avaricia,  
Vestida en nombre vano,  
Convierta en compra y venta la justicia;  
Aunque engañes los ojos  
Del mundo, á quien adoras, no por tanto,  
No nacerán abrojos  
Agudos en tu alma, ni el espanto  
No velará en tu lecho,  
Ni escucharás la cuita y agonía,  
El último despecho,  
Ni la esperanza buena en compañía  
Del gozo tus umbrales  
Penetrará jamás, ni la Meguera  
Con llamas infernales,  
Con serpentina azote la alta y fiera

Y estando desnudada,  
Oyó una voz que la dejó admirada.  
» No temas, la decia;  
Mas oye atentamente lo que digo:  
Si buscas alegría  
Y estar siempre conmigo,  
Huye del mundo y de quien es su amigo;  
» Que si al trabajo huyes,  
Y gustas de deleites y consuelo,  
Sabe que te destruyes,  
Pues truecas por el suelo  
La gloria eterna del impíreo cielo.  
» Mira que estás cercada  
De tres contrarios tuyos capitales,  
Y vives desnudada  
De los crecidos males  
Que te podrán causar contrarios tales.  
» Advierte que está el uno  
Apoderado ya de tu castillo,  
Y los dos de consuno  
Comienzan á batillo,  
Sin que tus fuerzas puedan resistillo.  
» Déjalos por despojos  
El contento, el regalo y la riqueza,  
Y no vuelvas los ojos  
A ver esa vileza,  
Pues cuanto dejar puedes es pobreza.  
» Que si dejes uno,  
Ciento tendrás por él en esta vida  
Sin descontento alguno;  
Y allá á la despedida  
Daráte Dios la gloria prometida.  
» Verás en este suelo,  
Dando de mano al mundo fementido,  
Un retrato del cielo  
Que Dios tiene escondido  
En la celdilla pobre y el vestido.  
» Ajeno del cuidado  
Que al mercader sediento trae ansioso,  
De solo Dios pagado,  
Se goza el religioso,  
Libre del mundo falso y engañoso.  
» No busca los favores  
Que al ambicioso traen desvelado  
En casa de señores;  
Mas antes retirado  
Goza su suerte y su felice estado.  
» No tiene desconsuelo  
Ni puede entrísteerle cosa alguna,  
Porque es Dios su consuelo,  
Ni la baja fortuna  
Con su mudable rueda le importuna.  
» Su casa y celda estrecha  
Alcázar le parece torreado;  
La túnica deshecha,  
Vestido recamado;  
Y el suelo duro, lecho delicado.  
» El cilicio tejido  
De puzadoras cerdas de animales,  
Que al cuerpo está ceñido,  
Aparta de los males  
Que causa el ciego amor con los mortales.  
» La disciplina dura  
De retorcido alambre le da gusto,  
Pues cura la locura  
Del estragado gusto  
Que huye á rienda suelta de lo justo.  
» En estos ejercicios  
Su vida pasa mas que venturosa,  
Apartado de vicios,  
Sin que le dañen cosa  
Mundo, demonio, carne pegajosa.  
» Cuanto el seglar procura  
Adquirir con deleites y hacienda  
Se dan de añadidura,  
No mas de porque atienda  
Al servicio de Dios, y no le ofenda.  
» Gustaba en gran manera  
Mi alma de la plática que oía;  
Y para ver quién era  
El que aquello decia,  
Durmíendo, aquí y allí se revolvia.



Y diestra mano armada,  
Saldrá de tu aposento sola una hora;  
Y ni tendrás clavada  
La rueda, aunque mas puedas, voladora  
Del tiempo hambriento y crudo,  
Que viene, con la muerte conjurado,  
A dejarte desnudo  
Del oro y cuanto tienes mas amado;  
Y quedarás sumido  
En males no finibles y en olvido.

## EN UNA ESPERANZA QUE SALIÓ VANA.

Huid, contentos, de mi triste pecho;  
¿Qué engaño os vuelve á do nunca pudistes  
Tener reposo ni hacer provecho?  
Tened en la memoria cuándo fuistes  
Con público pregon ¡ay! desterrados  
De toda mi comarca y reinos tristes,  
Adó ya no veréis sino nublados  
Y viento y torbellino y lluvia fiera,  
Suspiros encendidos y cuidados.  
No pinta el prado aquí la primavera,  
Ni nuevo sol jamás las nubes dora,  
Ni canta el ruiseñor lo que antes era.  
La noche aquí se vela, aquí se llora  
El día miserable sin consuelo,  
Y vence al mal de ayer el mal de agora.  
Guardad vuestro destierro, que ya el suelo  
No puede dar contento al alma mia,  
Si ya mil vueltas diere andando el cielo;  
Guardad vuestro destierro, si alegría,  
Si gozo y si descanso andáis sembrando,  
Que aqueste campo abrojos solos cria;  
Guardad vuestro destierro, si tornando  
De nuevo, no queréis ser castigados  
Con crudo azote y con infame bando;  
Guardad vuestro destierro, que olvidados  
De vuestro ser en mí seréis, dolores;  
Tal es la fuerza de mis duros hados.  
Los bienes mas queridos y mayores  
Se mudan y en mi daño se conjuran,  
Y son por ofenderme á sí traidores.  
Mancillanse mis manos si se apuran,  
La paz y la amistad me es cruda guerra,  
Las culpas faltan, mas las penas duran.  
Quien mis cadenas mas estrecha y cierra  
Es la memoria mia y la pureza;  
Cuando ella sube, entonces vengo á tierra.  
Mudó su ley en mi naturaleza,  
Y pudo en mi dolor lo que no entiende  
Ni seso humano ni mayor viveza.  
Cuanto desenlazarse mas pretende  
El pájaro captivo, mas se enliga,  
Y la defensa mia mas me ofende.  
En mi la culpa ajena se castiga,  
Y soy del malhechor ¡ay! prisionero,  
Y quieren que de mí la fama diga:  
Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,  
Ni el alto tribunal ni las ciudades,  
Ni conoció del mundo el trato fiero;  
Que por las inocentes soledades  
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,  
Y el ánimo enriquece con verdades.  
Cuando la luz el aire y tierras baña,  
Levanta al puro sol las manos puras,  
Sin que se las aplomen odio y saña.  
Sus noches son sábrosas y seguras,  
La mesa le bastece alegremente  
El campo, que no rompen rejas duras.  
Lo justo le acompaña y la luciente  
Verdad, las sencilleces pechos de oro,  
La fe no colorada falsamente.  
De ricas esperanzas almo coro,  
Y paz con su descuido le rodean,  
Y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.  
Allí, contento, tus moradas sean,  
Allí te lograrás, y á cada uno  
De aquellos que de mi saber desean,  
Les di que no me viste en tiempo alguno.

## EN LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,  
Tu grey en este valle hondo, oscuro,  
Con soledad y llanto;  
Y tú, rompiendo el puro  
Aire, te vas al inmortal seguro?  
Los antes bienhadados,  
Y los agora tristes y afligidos,  
A tus pechos criados,  
De ti desposeídos,  
¿Adó convertirán ya sus sentidos?  
¿Qué mirarán los ojos  
Que vieron de tu rostro la hermosura,  
Que no les sea enojos?  
Quien oyó tu dulzura,  
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?  
A aqueste mar turbado  
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto  
Al viento fiero, airado,  
Estando tú cubierto?  
¿Qué norte guiará la nave al puerto?  
¿Ay! nube envidiosa  
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?  
¿Dó vuelas presurosa?  
¿Cuán rica tú te alejas!  
Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

## Á TODOS LOS SANTOS.

¿Qué santo ó qué gloriosa  
Virtud, qué deidad, que el cielo admira,  
¿Oh Musa poderosa  
En la cristiana lira!  
Dirémos entre tanto que retira  
El sol con presto vuelo  
El rayo fugitivo, en este día  
Que hace alarde el cielo  
De su caballería?  
¿Qué nombre entre estas breñas á porfía  
Repetirá sonando  
La imagen de la voz, en la manera  
El aire deleitando,  
Que el Efrateo hiciera  
Del sacro y verde Hermon por la ladera?  
¿Adó cenido el oro  
Crespo con verde yedra, la montaña  
Condujo con sonoro  
Laud, con fuerza y maña  
Del oso y del león domó la saña?  
Pues ¿quién diré primero,  
Que el alto y que el humilde, y que la vida  
Por el manjar grosero  
Restituyó perdida,  
Que al cielo levantó nuestra caída?  
Igual al Padre eterno,  
Igual al que en la tierra nace y mora,  
De quien tiembla el infierno,  
A quien el sol adora,  
En quien todo el ser vive y se mejora.  
Después el vientre entero,  
La madre desta luz será cantada;  
Clarísimo lucero  
En esta mar turbada,  
Del linaje humanal fiel abogada.  
Espíritu divino,  
No callaré tu voz, tu pecho opuesto  
Contra el dragon malino,  
Ni tú en olvido puesto,  
Que á defender mi vida estás dispuesto.  
Osado en la promesa,  
Barquero de la barca no sumida,  
A tí mi voz profesa,  
Y á tí, que la lucida  
Noche te traspasó de muerte á vida.  
¿Quién no dirá tu lloro,  
Tu bien trocado amor, oh Magdalena,  
De tu Nardo el tesoro,  
De cuyo olor la ajena  
Casa, la redondez del mundo es llena?

Del Nilo moradora,  
Tierna flor del saber y de pureza,  
De tí yo canto agora,  
Que en la desierta alteza  
Muerta luce tu vida y fortaleza.  
Diré el rayo africano,  
Diré el Stridones sabio, elocuente,  
O del panal romano,  
O del que justamente  
Nombraron Boca de Oro entre la gente.  
Columna ardiente en fuego,  
El firme y gran Basilio al cielo toca,  
Mayor que el miedo y ruego,  
Y ante su rica boca  
La lengua de Demóstenes se apoca.  
Cual árbol con los años  
La gloria de Francisco sube y crece,  
Y entre mil ermitaños  
El claro Anton parece  
Luna que en las estrellas resplandece.  
¿Ay padre! ¿y dó se ha ido  
Aquel raro valor? ¿qué malvado  
El oro ha destruido  
De tu templo sagrado?  
¿Quién zizañó tan mal tu buen sembrado?  
Adonde la azucena  
Lucia y el clavel, do el rojo trigo,  
Reina agora la avena,  
La grama, el enemigo  
Cardo, la injusticia, el falso amigo.  
Convierte piadoso  
Tus ojos y nos mira, y con tu mano  
Arranca poderoso  
Lo malo y lo tirano,  
Y planta aquello antiguo, humilde y llano.  
Da paz á aqueste pecho,  
Que hierve con dolor en noche oscura;  
Que fuera deste estrecho  
Diré con mas dulzura  
Tu nombre, tu grandeza y hermosura.  
No niego, dulce amparo  
Del alma, que mis males son mayores  
Que aqueste desamparo;  
Mas cuanto son peores,  
Tanto resonarán mas tus loores.

## Á SANTIAGO.

Las selvas conmoviera,  
Las fieras alimañas, como Orfeo,  
Si ya mi canto fuera  
Igual á mi deseo,  
Cantando el nombre santo Zebedeo;  
Y fueran sus hazañas  
Por mí con voz eterna celebradas,  
Por quien son las Españas  
Del yugo desatadas  
Del bárbaro furor, y libertadas;  
Y aquella nao dichosa,  
Del cielo esclarecer merecedora,  
Que joya tan preciosa  
Nos trujo, fuera agora  
Cantada del que en Cítia y Cairo mora.  
Osa el cruel tirano  
Ensangrentar en tí su injusta espada:  
No fué consejo humano;  
Estaba á tí ordenada  
La primera corona, y consagrada.  
La fe que á Cristo diste  
Con presta diligencia has ya cumplido;  
De su cáliz bebiste  
Apenas que subido  
Al cielo retornó, de tí partido.  
No sufre larga ausencia,  
No sufre, no, el amor que es verdadero.  
La muerte y su inelencia  
Tiene por muy ligero  
Medio, por ver al dulce compañero.  
Cual suele el fiel sirviente,  
Si en medio la jornada le han dejado,  
Que haciendo prestamente

Lo que le fué mandado,  
Torna buscando al amo ya alejado;  
Ansí entregado al viento,  
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,  
Do puesto el fundamento  
De la cristiana escuela,  
Torna buscando á Cristo á remo y vela.  
Allí por la maldita  
Mano el sagrado cuello fué cortado;  
Camina en paz bendita,  
Alma, que ya has llegado  
Al término por tí tan deseado.  
A España, á quien amaste  
(Que siempre al buen principio el fin responde),  
Tu cuerpo le enviaste  
Para dar luz adonde  
El sol su claridad cubre y esconde.  
Por los tendidos mares  
La rica navecilla va cortando,  
Nereidas á millares  
Del agua el pecho alzando.  
Turbadas entre sí, la van mirando.  
Y dellas hubo alguna  
Que, con las manos de la nave asida  
La aguja con la nua,  
Y con la otra tendida  
A las demás, que lleguen las convida.  
Ya pasa del Egeo,  
Vuela por el Ionio, atrás ya deja  
El puerto Lilibeo,  
De Córcega se aleja,  
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.  
Esfuerza, viento, esfuerza,  
Hinche la santa vela, embiste en popa  
El viento; haz que no tuerza  
Do Avila casi topa  
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.  
Y tú, España, segura  
Del mal y cautiverio que te espera,  
Con fe y voluntad pura  
Ocupa la ribera,  
Recibirás tu guarda verdadera;  
Que tiempo será cuando,  
De innumerables huestes rodeada,  
Del cetro real y mando  
Te verás derrocada,  
En sangre, en llanto y en dolor bañada.  
De hacia el mediodía  
Oye que la voz amarga suena,  
La mar de Berbería  
De flotas veo llena,  
Hierva la costa en gente, en sol la arena.  
Con voluntad conforme  
Las proas contra tí se dan al viento,  
Y con clamor deforme  
De pavoroso acento  
Avivan de remar el movimiento.  
Y la infernal Meguera,  
La frente de ponzoña coronada,  
Guía la delantera  
De la morisca armada,  
De fuego, de furor, de muerte armada.  
Cielos, so cuyo amparo  
España está á merced, en tanta afrenta,  
Si ya este suelo caro  
Os fué, nunca consienta  
Vuestra piedad que mal tan crudo sienta.  
Mas ¡ay! que la sentencia  
En tabla de diamante está esculpida;  
Del godo la potencia  
Por el suelo caída,  
España en breve tiempo es destruida.  
¿Cuál río caudaloso  
Que los opuestos muelles ha rompido  
Con sonido espantoso,  
Por los campos tendido,  
Tan presto y tan feroz jamás se vido?  
Mas cese el triste llanto,  
Recobre el español su bravo pecho,  
Que ya el Apóstol santo,  
Un otro Marte hecho,  
Del cielo viene á darte su derecho.